

PUBLICACIONES *Cinema*

50  
CENTIMOS



Spencer Tracy  
y Myrna Loy

en

**Jaque al Rey**

# JAQUE AL REY

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

**SAM FORD**



PELICULA METRO GOLDWYN

DISTRIBUIDA POR

**METRO GOLDWYN MAYER IBERICA**

Mallorca, 201

BARCELONA

Argumento narrado por

**PUBLICACIONES CINEMA**



INTÉRPRETES PRINCIPALES:

MYRNA LOY  
SPENCER TRACY

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASÍ-BARCELONA

## JAQUE AL REY

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

No todo Nueva York son rascacielos y una muchedumbre bulliciosa y ajetreada por sus anchas calles. Al final de la Octava Avenida, mejor dicho, al principio de ella, ya que esta gigantesca ciudad hay que contarla a partir de su nacimiento en la Plaza de la Batería, espaldón y proa del gigantesco navío que forma la isla de Manhattan, existe una calle spacible, exenta del ruido infernal de la mayoría de la populosa urbe. Las casas son de construcción modesta, edificios de cuatro y hasta ocho pisos a lo más. Poco tráfico, en sus calles tranquilas deambulan los organilleros italianos y portugueses. Los pregones de los vendedores de helados y confitos se dejan oír con claridad, sin necesidad de que los pregoneros tengan que destrozarse sus larínges.

Se ven hasta perros pacíficos, que toman felices el sol tenue que llega allí, imposible de arribar a los cañones de la Wall Street. No lejos y a su derecha los altos e inmensos rascacielos del barrio comercial elevan al cielo siempre envuelto en neblina, la gallardía de su construcción y la arrogancia babilónica de sus terrazas superpuestas. A lo lejos, hacia el Norte de la gran ciudad, se des-



taca la figura gigantesca del más alto edificio del mundo: el Empire State Building, con su cúpula de cobre que reluce en sus donados reflejos como un faro urbano.

La calle Bank, corta y sinuosa, es una más de este distrito neoyorquino, en donde las calles no tienen disciplina, no responden a una ética urbana ni a la orden de un arquitecto que, más arriba, las ha ordenado tiradas en cordel; esta bajo Nueva York todo él es sinuoso y complicado. Aquí las calles responden a un hombre, unos metros y ya la geometría de la ciudad es rectilínea, y sólo contestan las calles por su número. La 42, la 56, la 110, desde la 1 hasta la 150; desde el mar, casi hasta fuera de la isla, hasta el Bronx, pasando por los barrios de Harlem, Imperio del negro. Y todas cortadas perpendicularmente por las Avenidas que también se numeran desde la 1 a la 8, y sólo algunas que bordean el Hudson llevan nombres, como Columbus, Circel, etcétera. Sólo se salva de esta matemática urbanística el Broadway, famoso en el mundo, lleno de luces y colorido, que atraviesa, sinuoso y en oblicuo camino, todo Nueva York.

Esta pacífica calle apartada del mundanal ruido, es asiento de numerosas casas de comercio, navieras y pequeños bancos, y apartamentos de empleados, artistas y alguna gente de vivir extraño. Es en ella, en el cuarto piso, departamento 7, de la casa 127, edificio de color gris con pequeñas ventanas, que tienen instalado su domicilio sólo nocturno y accidental, Ed Dexter y Harry Ames.

El timbre de la puerta ha sonado; Harry Ames perezosamente se levanta de su butacón, en donde, cómodamente instalado, lee un voluminoso periódico y abre la puerta. Un botones del cable entrega uno de esos papeletos azules.

A vez, Harry, qué nuevas trae el papel — desde otro butacón, sentado indolentemente y lanzando al aire grue-

sas bocanadas de humo, Ed Dexter interpela a Harry, que ya lee el cable.

— ¡Hurra! Vivian telegrafa desde el «Normandia».

— Pronto, ¿qué dice?

— «Las letras llegan bien; subir a bordo, Vir».

— Está claro, no cabe duda que la lista Vivian Palmer ha conseguido averiguar quién y cómo lleva las célebres perlas Karonoff. Y estas perlas, tesoro magnífico, serán nuestras como Ed Dexter que me llama.

Los que así se expresan son el célebre ladrón internacional, pesadilla de la policía del mundo entero, y Harry Ames su ayudante y compinche, no menos listo y peligroso. Los más importantes robos del mundo, todavía no descubiertos sus autores por la policía, son producidos por el arte de estos dos sagaces y audaces bandidos, que se mismo hacen el brillante frac que la desaliñada vestimenta del vagabundo.

Todos los Palacios y barcos ricos del mundo han sido pisados por estos dos truhanes. El Batafuco de Río de Janeiro se ha estremecido no ha mucho con el último sensacional asalto a la mansión de un rico estanciero brasileño. Chicago no desconoce el trepidar de su fusil ametrallador. Las ricas estancias de la Pampa argentina sintieron su paso. El «Bremen», el «Queen Mary», el «Chichibu Maru», el «Gneissmann», el «Augustus», todos los grandes paqueotes de las líneas mundiales conocen sus hazañas. En la Concepción Internacional de Shanghai, en la Nankin Road, en la Hubling Well han sido robados acendrados chinos. El «Park Hotel» de Shanghai, el «Negresco» de Niza, el «Raffles Hotel» de Singapur, y en muchos más, la silueta de Ed en la noche ha sido registrada con pérdidas para los huéspedes.



Pero también la prisión Bibilingo, de Manila, la tala de «Aleurum» en la bahía de San Francisco y quizás algunas más, han tenido como huésped a este singular sujeto y a su ayudante.

Una red de espías y ayudantes secundarios, mantiene sus negocios, que hasta ahora marchan con prosperidad. Y en estos momentos un magnífico asunto se les presenta. Las perlas Koronoff, las famosas perlas, que marchan a América, cambiando de mano, están en peligro. De la familia Koronoff, de la noblesa antigua del antiguo Petrogrado, pasaron a manos de un Comisario del Pueblo, sanguinario personaje, que marino entonces sublevado, asaltó el Palacio Koronoff y entre lágrimas y sangre arrancó las viduas de esta noble familia y arrasó el hogar, llevándose valiosas alhajas. Mas tarde el Soviet, para premiar las bestialidades de este salvaje marino, lo ascendió, y poco tiempo bastó para ascenderlo a Comisario del Pueblo. Este hombre, de instintos bestiales y codicioso en extremo, pues para satisfacer esta pasión hizo la revolución, no encontró la forma de disfrutar a gusto de sus robos y marchó en misión especial a Rumania y allí afincó, pero un hombre como este, de tanto primario, no supo administrar su botín y malvendió las famosas perlas a un judío rumano, que en Bucarest hizo el gran negocio. Negoció lentamente esta preciosa joya y por fin pudo encontrar un buen comprador. Un desaprensivo millonario yanqui, que aún desconociendo el origen de la joya, la compró a buen precio, y con ellas camina en el «Normandie» hacia Norteamérica.

Un compinche de Ed pudo averiguar en Bucarest la transacción y telegrafió a Ed. Y este destacó rápidamente a Europa a la hija Vivian, hermosa muchacha que por circunstancias de la vida le servía de gancho y cómplice, en contra de sus deseos. Vivian estableció contacto con

el yanqui millonario, siguió todos sus pasos y embarcó con él en el lujoso transatlántico, con objeto de localizar las perlas. Y por el telegrama recibido, Vivian ha cumplido perfectamente su misión. Las perlas se sabe dónde están, cómo viajan y Ed y Harry se agrestan a ejecutar el último acto de este episodio. Una vez llegue el barco a puerto, subirán a él, antes de empezar el desembarco del pasaje y Vivian les dirá cómo van las perlas y el plan madurado tanto tiempo se pondrá en marcha y dentro de veinticuatro horas las perlas Koronoff vivirán un episodio más de su novelesca historia.

La rada, en la luminosa mañana de junio, presenta fantástico aspecto. Los remolcadores, entre los rugidos de sus sernas se abren paso en este trozo de mar, que pide a gritos un policía que regule el intenso tráfico marítimo. A lo lejos la isla donde la imponente estatua de la libertad muestra al mundo su figura, con el puño cerrado alrededor de una antorcha flameante colosal. Cerca a la antigua Europa, altanera, parece la vestal de un paganismo moderno dispuesta a convertir en pavesas el alma de la cristiandad.

El gigantesco «Normandie» se acerca al muelle remolcado por dos panzudos barquitos. A espaldas la lateral de Manhattan con sus rascacielos acoge a este paquetero, que lentamente se acerca, entre el agitar de pañuelos de los que llegan y de los que esperan. Entre la multitud, Ed y Harry esperan con el boleto de entrada al buque el momento de operar. Nada delata en las ilusiones el peligro en que van a encontrarse y sus mentes cavilan los detalles del acto, que por momentos se acerca. No lejos de ellos, vigilándolos, están Doc Evans y Steve Arnold. Corpulentos y alisados, estos individuos son peligrosos rivales de los dos ladrones. Internacionalmente son poco conocidos, prefieren operar sólo en Estados



Unidos pero mantienen una extensa red de agentes en todo el mundo, que les dan cuenta de las compras de los acendados yaqueos en Europa y Oriente, y tambien están enterados de la llegada de las famosas perlas. El valor inmenso de este tesoro ha excitado a estos bandidos, que están dispuestos a dejar robar a sus rivales para luego robarles a éstos; así el riesgo es menor, pues lo más difícil será hecho por Ed y su ayudante.

Como en el tiempo todos se conocen, Doc y su amigo procuran no ser vistos por Ed y Harry, pero bien cerca de ellos están, para no perder detalle de la maniobra de éstos.

Ya ha atracado el vapor y Ed y su cómplice suben al mismo, pensando en su atraco tambien. El bullicio a bordo es grande, la confusión es mayor con el ir y venir de la gente y el trasteo de las mozas preparando los equipajes.

—¡Id! — Una linda figura se destaca entre el pasaje y se dirige con airoso paso hacia Ed, que recibe con alegría a la simpática y gentil lacrona. Vivian Palmes es extremadamente bella, sus ojos rasgados, recuerdan algún mastroje; quizás entre sus ascendientes hubiese algún staux de las Montañas Rocosas. Elegantísima toda su figura presenta distinción y gracia. Lástima que tan bella criatura eligiese el camino del mal. Su cara no solamente es bella sino que es atractiva y angelical. Ed supo escoger a su colaboradora principal. Con la simpática sonrisa de su cara puede acercarse ingenuamente a todo el mundo sin despertar sospechas.

—Vivian, ¿qué tal el viaje? ¿Cansada? Cuéntame. Hay que obrar rápidamente.

—Las perlas están en posesión de William Perry, camarote núm. 138. Su equipaje es aquél — y diciendo esto



Su elegancia la hacía sencillamente encantadora...





Pensaba irme de la ciudad, pero...

señaló un voluminoso equipaje muy lujoso— Pero no van en él, William Perry, por lo visto, no quiere pagar aduanas y con esto nos facilita el trabajo. En su gabán lleva una pequeña botella de licor. El cristal es obscuro y no se puede ver el líquido, pero dentro, bien situadas y mezcladas con el licor, van las perlas.

—¿Pero cómo lo has podido saber? ¿No estarás equivocada?

—Estáte seguro; yo conseguí su amistad y conseguí me invitase a su camarote, y pude ver en el fondo de su escritorio la botella de licor. El bebedor de la misma marca, pero esa nunca la usó; me llamó la atención y en un descuido de ésta, la cogí y miré bien, y pude oír el ruido de algo que no era líquido dentro de ella; no cabe duda que allí van. Para cerciorarme traté de que me sirviera líquido de esa botella y no lo conseguí. He visto que la ha depositado en el bolsillo de su gabán de entretiempo, que lleva al brazo. Con una traza de despistar a la Aduana y darle poca importancia a la mercancía. Tú estáte atento y conocerás al sujeto cuando me veas que me acerco a él para despedirme. ¡Ha sido un viaje encantador....

—Bien, pequeña; no te has portado mal— Y diciéndole esto, Ed se apartó de su compañía y se dispuso a trabajarse. A poco, Vivian, que estaba cerca de la salida, como buscando a alguien, se acercó a un hombre bien portado, con un gabán al brazo que, sonriendo, le hablaba.

—Este es nuestro hombre, Harry. A tierra y a la operación—. Dicho y hecho. Descendieron rápidamente por la amplia pasarela por la que poco después pasaba el flamante William Perry, ajeno a lo que le esperaba.

Al llegar a la Aduana, William Perry presentó su



equipaje, que fué abierto por los empleados. Mientras tanto paseando como distraído con su gabán al brazo, trataba de pasar desapercibido, y con una mano sostenía fuertemente la botella que en el gabán llevaba. Dos sujetos, cerca de él, discutían agriamente por un asunto de dinero, y sin poderlo evitar, se vió envuelto en la discusión y en los golpes que empezaron a administrarse los dos individuos; de un empujón cayó por tierra y los dos hombres, que discutían, apaciguaron su pelea y le ayudaron a levantarse, excusándose. No llegó a verte policía y poca gente se dió cuenta, por la rapidez con que sucedió esto. Presentando sus excusas y simulando todavía discutir, se alejaron Ed y Harry, que eran los dos contrincantes. Rápidos subieron en un coche que los esperaba y se alejaron a toda velocidad de los muelles, pero toda esta acción había sido vista por Doc Evans y Steve Arnold, que cerca siguieron el juego y se dieron cuenta que el asunto estaba liquidado, con la maestra conocida de Ed. Las perlas estaban en poder de Ed, no había duda. Ahora había que preparar el golpe de ellas, que tenía que ser tanto más fuerte y enérgico, como resistencia opusieran, pero a esta manera de obrar no le tenían miedo ni prevención. Era su especialidad. Ed y su banda siempre obraban sin hacer sangre; son gente de salón; pero ellos era otra cosa; gente dura, educados en los gangs de Chicago. La ametralladora no tiene ningún secreto para estos hombres.

Y mientras esto ocurre, William Perry se da cuenta con terror de la pérdida de la botella. Busca nervioso en el suelo, interroga a los que le rodean y bien pronto se imagina lo sucedido.

— ¡Me han robado! ¡Me han robado! — grita desesperado. Acude la gente y la policía. — Sí, me han robado, ahora mismo; unos, fingiendo una lucha, me han quitado

del bolsillo del gabán una... — En este momento se da cuenta de que sólo le han robado ante todo el mundo una botella de licor, que por ello, ni la policía ni él mismo puede dar un espectáculo como el que está dando, y si declara que en la botella iban las perlas, pasaría seguro por sospechoso de contrabando. Su desesperación no tiene límites. — Señores, nada, nada. Afortunadamente ha sido un error; creí que había sido la cartera, pero la tengo. Ustedes perdonen — dijo, dirigiéndose a la policía. — Entre las bromas e irónicas miradas de la gente que le rodeaba con curiosidad. Este asunto mejor será resolverlo más adelante y con policía privada y presentándolo como joyas ya en su poder en Nueva York.

Y en lo alto del barco, Vivian, que contempló la suceso y comprendió la situación de William Perry, rió de buena gana. Magnífica jugada, sencilla y productiva. Descendiendo del barco se dirigió a la Aduana, desde donde marchó a su casa a esperar los acontecimientos, pues conocía la costumbre de operar de su jefe y éste desaparecería por algún tiempo de la ciudad para regresar con las joyas realizadas y entregarle su parte, que en esta ocasión iba a ser verdaderamente espléndida. Con ello acortaba sus sueños de dejar esta vida y marchar a otro país a tratar de hacerse honrada. Una psicología muy especial, que dentro del mal la hacía sentirse con deseos de ser buena, pero para alcanzar esa situación no se daba cuenta de los medios que ponía para conseguirlo.

Educada desde pequeña en la intriga y el robo por su padre, un famoso gangster, no conocía otra moral, pero su inconsciente deseo de hacer otra vida tranquila y que no fuese ésta, la hacía pensar en una regeneración, y para conseguirla no le importaban los medios que usaba. Pero con la parte que le correspondería en esta acción



de las perlas y sus ahorros, creía que podría retirarse y vivir tranquila el resto de sus días y soñaba en una casita, un marido, hijos...

Después de dejar el taxi en la calle 12, Ed y su amigo dieron un rodeo hacia la Avenida Sexta, se dejaron ver en un café del Broadway, esquina a la calle 16, y tomaron en la riente vía de Nueva York un nuevo taxi, que los llevó por la Octava Avenida hasta la calle Primera, en donde, ya a pie se dirigieron a su casa. Con este rodeo trataron de despistar a quien les pudiera seguir y establecieron una coartada en el café. Así siempre actuaba Ed; hombre inteligente, nada dejaba al azar.

Al llegar al Departamento, fueron al cuarto de baño. Un golpe seco al cuello de la botella y con precaución traron el líquido; en el fondo de ella, encontraron como un cilindro de metal enroscado, y abierto éste, ante los ojos atónitos de los dos bandidos, salió el tesoro de once grandes perlas de un oriente único, limpias, con unas luces y reflejos que las hacían únicas en el mundo. Caren de medio millón de dólares valdría esta maravilla. No cabían en sí de gozo; la presa fue buena y ahora a esperar un año y después a realizarse con tranquilidad y lentamente.

El timbre del teléfono sonó.

—Harry, acude tú.

—¡Doce! — dijo con sobresalto tapando el auricular con su mano. Con rápidos acude Ed al aparato.

—¡Eh! ¿es Doce?.. Sí, el mismo — La aspereza de su voz y el gesto duro nada bueno presagian, ni nada grato escuchó a través del hilo, que tenuemente trae la voz de Doc.

—Escucha, Ed. Sé que tienes en tu poder las perlas de

Koronoff. Te propongo un negocio pacífico. Me das la mitad del botín y asunto terminado. ¿Haces? — La voz se hizo trónica, como seguro de su fuerza.

—Este asunto me ha costado mucho dinero, y he puesto en él muchas ilusiones. No te metas en mi terreno. Yo respeto el tuyo.

—Buena, déjate de discursos, y di si aceptas — dijo con la brutalidad característica en él, Doc.

—Tú ya sabes que yo opero con guante blanco, pero no desconozco la pistola ni la desdeno si hace el caso — tranquilo y ya dominado le contestó Ed. — Estas perlas son mías y a nadie más que a los míos les corresponde parte. Ya lo sabes, ésta es mi última palabra.

—Está bien. Habrá guerra — dijo seco y rotundo la voz al otro extremo del hilo.

—¡Bahi! — y cortando la comunicación, Ed se dirige a su ayudante: — Nos vamos a Kansas City, después de despistar si podemos a esos brutos que tratan de estorbarnos. Aviza a Vivian que partimos y ya le avisaremos dónde estamos y lo que vamos a hacer. Yo sacaré los pasajes y nos encontraremos en el aeródromo para el primer avión. No lleves equipaje por si nos siguen y salta por la escalera de salvación, por si espían la casa. Dejaremos la luz encendida.

En el aeródromo Ed pasea ansioso de caminar ya hacia Kansas; está seguro de no haber sido seguido por nadie. No lleva equipaje alguno y las perlas escondidas en una bolsita que lleva colgada del cuello. El avión está dispuesto para salir y por fin llega Harry, que le comunica que ya ha prevenido a Vivian, quien esperará su llamada. Sube al avión, que pronto con ronco bramido de motores eleva su vuelo y Nueva York aparece a los pies



de los viajeros con toda su belleza. Hudson abraza a la isla de Manhattan, y los rascacielos brillan como lucas.

Manhattan se perfila como un navío. En su proa las altas edificaciones de sus rascacielos, el Broadway dibuja su trazado a través de la gigantesca ciudad, y el río brilla a sus lados. Mas al Norte la aglomeración urbana del Bronx y al Este la ciudad de Nueva Jersey. El avión majestuoso volaba hacia Kansas, por las fértiles tierras del Estado de Nueva York.

Doc y Arnold, que han perdido la pista de sus competidores, conocen el paradero de Vivian y se dedican a espiar todos sus pasos, y esperar el momento oportuno. Ellos están seguros que en cualquier momento irán a la ejecución de sus proyectos y en donde están ocultos; esperan un tiempo prudencial para atacar a ésta y obligarla a decirles el paradero de sus amigos y de las joyas. Son dueños en estas lides y tienen la paciencia del cazador, para asegurar su presa; el obrar prematuramente solo les llevaría al fracaso, levantando la alarma.

Vivian vive feliz. El recado que Harry le llevara no le inquieta. Conoce a los y espera tranquila los acontecimientos; no obstante, como está prevenida, no deja de vigilar, sobre todo las llamadas telefónicas y los cables, y sólo con mucho cuidado acepta convites y citas. Se dedica a frecuentar teatros y bares elegantes, en donde su bella figura destaca con gracia.

Hoy hace un día espléndido, el verano ronda el cielo de la gran urbe y la gente sale a la calle desahogada de disfrutar del templado sol. Vivian asimismo se ha lanzado a ella y a pie discurre por la brillante Quinta Avenida. Un goce sencilla, callejear a la ventura, sin rumbo fijo, deteniéndose en los lujosos escaparates, curioseando

en las tiendas. Pero las calles de Nueva York son grandiosas e insensiblemente llegan al cansancio corporal. Vivian ya empieza a sentirse cansada de su paseo y en el cruce de la Quinta Avenida y la calle 42, decide entrar en el «Venus Emporium Bar», uno de los más elegantes de este sector de la ciudad. Allí entre tantas bellas y elegantes que allí se encuentran, la figura de Vivian destaca poderosamente y los hombres la miran y las mujeres la envidian. Se sienta en una discreta mesa.

A poco un sujeto no mal portado, atractivo y simpático, se le acerca, pide su consumación y empieza a mirar a Vivian. Esta trata de esquivar el acoso que le pone un poco intranquila.

—Bonito día — le dice este desconocido, con la más atractiva de sus sonrisas. Vivian no hace caso, distraído su atencón. —¿No le agrada este hermoso sol?— Sigue Vivian sin desear trazar conversación con este muchacho, que interiormente le es agradable. —¿Es usted muda ... ¡qué lástima sería! Todo lo que tiene usted de muda lo tiene de bella...— Vivian sonríe y va a contestar al desconocido, cuando, alarmada, ve entrar en el bar, con aire poco tranquilizador, a Wardworth, un buen sabueso de la policía del Estado. Su desconocido vecino de mesa se alarma asimismo y rápidamente, y en voz baja, la llama:

—¡Vivian!

La joven, sorprendida al ver que el simpático y desconocido sujeto la conoce, se vuelve hacia él, rápida. Este prosigue:

—No tema; sé quién es. Ayúdeme.

Y por debajo de la mesa le alarga un fajo de billetes, que Vivian coge, sugestionada por la franqueza y seguridad del muchacho.



—Llámenos al 7788012. Ahí tiene el número.  
Diciendo esto, el joven le entrega un papel con una breve nota.

El detective, que por lo visto buscaba a alguien, ve a este hombre y se dirige a él.

—¡Hola hombre! ¿Todavía por la ciudad? Ya conoces la orden y si no quieres pasar la noche y muchas en el «Hotel», ya estás largandote de la ciudad ahora mismo. No queremos tu presencia por Nueva York —. Y diciendo esto, a grandes gritos zarandea a Ross MacBride, que éste era el nombre del acompañante ocasional de Vivian, que contempla con curiosidad la escena y en su interior dolorida de ver tratado así al simpático Ross, que al levantarse dejó ver su alta figura y su varonil aspecto. Con una mirada Ross se despidió desde la puerta del bar y la bulliciosa Avenida se tragó esta figura que había hecho vivir momentos ingenuos a Vivian.

Vivian paga su consumación, e intranquila por la suerte de su amigo del momento, marcha a su casa, con el deseo de ponerse en contacto con él, llamándolo por teléfono. Ha pasado una hora desde los sucesos en el bar y calculando puede estar su amigo en casa, e impaciente ya, telefona.

—Oiga, ¿habla con el amigo del «Venus»?

—Sí, el mismo al aparato. ¿Es mi bella amiguita y salvadora —. Le responde Vivian, con una sonrisa.

—La misma, pero no tan bella, pues el susto que me ha llevado me ha puesto terriblemente fea.

—No es posible. No me diga. Usted no puede ser fea de ninguna manera. ¿La siguieron?... Bien. Si usted me dice dónde vive, iré a verla y a recoger la prenda que le dejó.

—768. Este, calle 138. Habitación 54. Le espero.

A poco un taxi se detiene en esta dirección y Ross MacBride desciende de él. Sube en el ascensor y toca en la puerta núm. 54, en donde ya Vivian le espera curiosa e impaciente.

—Muchas gracias, Vivian, por el favor que me ha hecho. ¡Qué vida esta! Estoy deseando dejar estas aventuras y hoy mismo me voy de la ciudad.

—Pero, ¿quién es usted, que me conoce

—Me llamo Ross MacBride y a usted la conozco de hace tiempo de oídas y de vista. ¿Quién no conoce a la bella Vivian, que viaja tanto y trabaja también? —Y al decir esto, Vivian tomó un gesto de contrariedad y se puso en guardia.

—Pero no tema, no trato de sacarle ningún secreto profesional. Yo deseo dejar la «privación»; este trabajo ya me tiene cansado y quiero rehacer mi vida. Esta mañana me he sentado a su lado por casualidad, y no he podido resistir la tentación de hablar con usted, que siempre me ha sido muy simpática; luego la fatalidad ha venido a estropear lo que el destino había trazado. Pensaba irme de la ciudad hoy, pero su presencia y el conocimiento inicial con usted, me hizo aún mentirse volviendo atrás de mi deseo... deseo que ha estropeado ese animal de Wardworth, pues si no salgo hoy de Nueva York me encierran por una larga temporada.

—Yo también estoy harta de esta vida, y sólo deseo terminar un buen negocio para retirarme. Sueño con una casa, con muchas gallinas, el campo... quién sabe si mis sueños serán realidad. Pero mucho me temo que en el país no pueda realizarlos. Me iré al Brasil, a la Argentina. Europa no me llena, me conocen demasiado.

—Así es como... —. El timbre de la puerta tocó enérgico. Al abrir con precaución Vivian, irrumpe brusca-



mente en el aposento el gigantesco cuerpo del detective, que se abalanza sobre Ross. Una breve lucha, entre la angustia de Vivian, que nada puede hacer, y la destreza de Ross hace caer al policía.

—Pronto, unas cuerdas—. Vivian las lleva, presurosa, y entre los dos sujetan y amarran a Wardworth, que encierran en un ropero.

—El asunto está decidido, hay que obrar con energía y rapidez. Recoge sus cosas mejores, que nos vamos.

Vivian nada puede oponer a este caudal de energía y órdenes, y deja hacer; su voluntad está en manos de este simpático Ross, que desde que lo conoció en el bar, hace unas horas, de tal manera está influyendo en su vida, y tan diversos e inesperados rumbos le está dando; en el fondo se siente inconscientemente feliz de tener algo que hacer fuera del ritmo de su vida, y se deja mandar por este extraño casi que la domina quicemente con su voz y su gesto. ¡Ah, la casita en el campo, las gallinas y...! Su imaginación boyolece, en la que una vida agitada tanto ha influido, está lanzada en un dulce torbellino, por el que se deja arrastrar.

Deprisa prepara su maleta y recoge sus joyas y lo más interesante y de valor de su ajuar de aventurera. Ahora a caminar a un nuevo destino. De marchar, mejor a Kansas, en donde dará con Ed. Harry, y podrá liquidar enseguida su parte, aunque sea un anticipo. Luego, definitivamente a otra vida, y si pudiese arrastrar a Ross sería el culmo de su felicidad y de sus sueños. El también desea lo mismo. ¿Por qué no empezar los dos juntos una nueva vida? Seguir por un sendero lleno de rosas y no por el lleno de espinos que ha desgarrado su alma, precipitándola al lodo? En el primero la espera un verde y jugoso prado, lleno de luz.

Al salir de la casa, observa que le siguen dos hom-

bres, Doc y Arnold, que están al acecho, ven este movimiento inusitado, y se extrañan de ver a la muchacha en plan de viaje acompañada por un sujeto desconocido. Este hombre no es de la banda de Ed; quizás sea algún agente de Europa, pero en el hampa, aún en el hampa elegante, todos se conocen y este hombre no tiene fama de ser del oficio. ¡Cuidado, Doc; hay que andar con pies de plomo!

Los taxis de los que huyen y de sus perseguidores llegan a la Central Estación. Un negro recoge el pequeño equipaje de Vivian. El ancho vestíbulo de la estación es un pequeño mundo. Apenas se ven equipajes. En América del Norte, los equipajes se recogen generalmente a domicilio y se entregan en el vagón. La gente no parecen viajeros. Sin equipajes, sin prisas, sin veros sacar billete, parecen moverse en el hall de un gran hotel. Desceñiendo por una rampa, se profundiza en el edificio, y como en una estación de metro, se llega a los andenes, en donde varios trenes esperan sin ruidos ni humo su salida.

Ocupan su coche, y observan que los perseguidores asimismo han tomado asiento en el cercano departamento. El grito gutural característico de los negros de los coches que esperan en el andén al pie de sus vagones y el recoger de sus banquetas, señalan la inminente marcha del convoy. Silenciosamente arranca éste y ganando velocidad, a poco sale del subterráneo para ver la luz. Un puente de hierro deja pasar al tren, que avanza por el corazón de Nueva York, caminando a la altura de las pisas ocho y diez de los rascacielos. El tráfico de las calles allá abajo se va, y poco a poco va descendiendo el tren, que parece ser son los rascacielos los que descienden. Unos y otros disminuyen su altura y ya el tren marcha por una calle al nivel de los autos y peatones. Adiós a Nueva York, arrabales sucios y proletarios, y empieza el campo salpicado de casas y fábricas. El



ferrocarril bordea la orilla del Hudson, en donde se ven lujosas clubs de recreo y hermosas casas; a lo lejos, en la neblina del atardecer, Nueva York va estumandose, mientras la noche llega lentamente.

—Es necesario, Vivian, que nos desprendamos de esos tipos. No sé si son policías o bandidos, tienen fama más de estos que de aquellos, pero de todas maneras nada bueno podemos esperar de su vigilancia. No tardaremos en llegar a Saint Louis, podemos bajar en esta población y seguir en el autobús transcontinental de la madrugada.

—Me parece bien, y tú dirás el plan — Vivian, entregada por completo a su amigo, solo desea dejarse guiar por él, y lo ha tuteado sin darse cuenta. En el alma sencilla de Vivian, a pesar del ambiente en que ha desarrollado siempre su vida, el amor ha entrado como un pirata, avasallándolo todo de una forma inesperada.

—Antes de llegar a Saint Louis, te vas a tu departamento y desciendes del tren por la vía contraria a la estación; dirígete enseguida al Hotel Palmer, y espérame allí. No temas, que yo llegaré pronto. Mientras tanto trataré de burlar a esos fantasmas — Y con agrado asimismo Ross tuteaba a la encantadora muchacha, que insensiblemente iba ganando terreno en su corazón.

Ross MacBride ha comenzado esta aventura, una más en su accidentada carrera de detective del Estado, sin sospechar que iba a caer en las redes de una sirena como Vivian, todo candor y belleza. Al poco tiempo de haber sido robado el yaqui millonario propietario de las perlas Koronoff, en la Aduana, éste presentó una denuncia en regla de que a su regreso de Europa había encontrado a faltar, de su casa, unas perlas muy valiosas de su propiedad, y que suponía había sido víctima de un robo. El jefe de Policía llamó a Ross MacBride, uno de los hombres de su confianza, conocedor del hampy neyorkina, a quien William Perry facilitó todos los detalles

de las joyas Roes, debidamente enterado, se puso en actividad. Pasó lista mental a los fichados como expertos en joyas de alto precio. Supo que Vivian había llegado recientemente de Europa, se enteró del incidente de la Aduana, y sospechó que el millonario Perry no había contado toda la verdad, y que es posible tratase de pasar estas perlas de contrabando, y ya pudo localizar se trataban de las famosas perlas Koronoff, por estar enterado que habían sido recientemente vendidas en Bucarest a un millonario americano. Mance a la obra y a descubrir primero las perlas y después ajustarle las cuentas a Perry. Pero su honor profesional debía ir primero en el descubrimiento del robo, y su labor sería coronada por el descubrimiento también del contrabando. Y después de largas gestiones, sacó en consecuencia que la banda de Ed debía estar por medio de este asunto, luego economizó en sus perseguidores a Doc, con que le afirmó en su idea de que las perlas las tenía Ed y los suyos. Sabido que la encantadora Vivian era agente de ellos, decidió captarse su confianza, fingiéndose bandido e imaginándose las escenas que ya conocemos en el domicilio de Vivian. Pero no contaba con la atracción que Vivian pudiera ejercer sobre él, y aquí tenemos a nuestro hombre enamorado de la gentil ladrona.

El tren se acerca a Saint Louis, y Vivian, siguiendo el plan del que cree un compañero de aventuras arrepentido y desean de dejar la arriesgada y poco moral profesión, se dirige a su departamento. Para el convoy y Vivian, ágil, desciende del tren y se dirige a la ciudad, en donde pronto un taxi la deja en el Hotel Palmer, tomando habitación.

Poco tiempo después Ross llega al hotel, y acude a la habitación de la muchacha que, llena de alegría, le recibe.

—¿Te los quitaste de encima?



—Creo que sí. Cuando el tren paró, ellos seguían vigilándome. Yo llamé a un mozo y le dije me trajera una limonada. «No puede ser, señor. Hay que tomarla en el coche Club». Entonces, lentamente, me dirigí a este vagón y al llegar a él descendí por la parte contraria de la estación, tomé un coche y después de dar un rodeo por la ciudad, llegué aquí.

Pero no contaban con la experiencia y perspicacia de Doc, ducho en estos menesteres, que comprendió o por lo menos presintió la jugada, y vigiló los pasos de Ross; mientras su compañero se acercaba que Vivian ya no estaba en su departamento, quedó Arnold vigilando la contravía. Doc Evans seguía los pasos de Ross y le vio deslizarse del tren, con cuidado, para no ser visto, le siguieron en un coche a través de la ciudad, que dormía, y llegaron al hotel, instalándose en el bar del mismo, desde donde podían vigilar las entradas y salidas, después de comprobar en la oficina la existencia allí de Vivian y Ross, lo mismo que el número de sus habitaciones.

—Joven, si quiere ganarse cincuenta dólares, avíseme—. Los grandes y pintados ojos de la telefonista del hotel se abrieron con sorpresa y codicia al escuchar esta cifra, que tan a la mano se le venía. Era su sueldo casi de un mes.

—Queda arisado, señor; usted dirá de qué se trata, pues no todo trabajo es aceptable al pagarse de esa forma.

—Tranquílcese, nada malo. Soy policía y necesito saber si el huésped del cuarto 32 hace alguna llamada telefónica y saber lo que hablan y con quién; como ve, es fácil y honroso el trabajo.

A la muchacha no le interesó comprobar si era o no detective; la cosa no tenía gran trascendencia y cincuenta dólares eran muchos dólares para dejarlos mar-

char, cuando tan fácilmente podía ganarlos. Quién sabe si al fin este hombre era un enamorado celoso.

—Conforme — contestó.

Doc y su compañero le indicaron que esperaban en el bar las noticias que tuviera.

A poco el cuarto núm. 32 pide comunicación con Kansas.

—¿Quiéres Rd? Aquí, Vivian. Te llamo desde Saint Louis; iba camino de esa, pero me persiguen... No, no sé quiénes son, parece gente contraria. Los he despiestado. Me ayuda un joven que se conviene conocer. No temas. Vamos a salir para ésa en coche. Adiós, hasta pronto.

La telefonista, que se ha enterado de la conversación, abandonando momentáneamente su puesto, se dirige al bar.

—Bien, vengan los cincuenta dólares; hay noticias.

—Toma, y cuenta.

—Han llamado del 32 una vez de mujer que dice llamarse Vivian y ha hablado con Kansas, con el Hotel Rock, con un tal Rd, y le dice que la persiguen, que no temas y que salen para allá en coche—. Y con la palabra en la boca y dejándole los billetes en la mano, velozes, Doc y su amigo se lanzan a la calle, tomando un coche, al que ordenan partir a toda velocidad para Kansas.

Mientras tanto, Vivian y Ross se aprestan a emprender el viaje a Kansas, sin tanta precipitación, pues ignoran lo sucedido, y creen a los complines viajando en el tren y despiados. Unos truenos son anuncio de cercana tempestad, pero esto no es obstáculo para aban-



donar el viaje. Es conveniente llegar a Kansas lo más pronto posible y realizar el negocio para abandonar el país. Presienten un cerco que les amenaza y sería terrible que al fin de su carrera tuvieran un tropiezo lamentable. La impaciencia empuja a Vivian al viaje, y aquí es Ross quien es pasivo ante la actividad energética de la muchacha, que a todo trance desea continuar viaje a Kansas.

Encargan el coche y a poco Vivian y su amigo Ross abandonan, entre un impotente aguacero, la población. La noche es terrible, el agua cae en verdaderos torrentes y el viento derriba los árboles. Es un viaje peligroso. El camino se va haciendo impracticable entre las avalanchas de agua y las ramas desprendidas de los árboles. Es peligrosísimo este caminar, es necesario encontrar un refugio hasta que la tormenta se disipe.

A lo lejos una granja se vislumbra entre el resplandor de los relámpagos. Allí podrían descansar y esperar que el temporal amainase. El coche, a través del fango, se detiene en el ancho portalón de la casa. Una llamada a la puerta y ésta se abre, dejando caer sobre los mojadros cuerpos de Vivian y Ross una luz vivísima que en el interior hay.

Una niña de unos diez años les abre, y su carita sonriente los facilita su petición.

—Mira, niña, vamos de viaje en un automóvil y la tormenta no nos deja caminar; queríamos permanecer aquí hasta que la tormenta terminase —. Y Vivian contemplaba con ternura a la angelical criatura, que la escuchaba con agrado.

—Pasen; mi mamá está esperando un niño que le va a traer la cigüeña esta noche, y mi papá está con ella, voy a avisarla.

—En mal momento hemos llegado, Vivian.



La situación de Ross ante Vivian es sumamente delicada...





Vivian perdóname pero, al empezar esta gestión, nunca pude sospechar que me enamorara de ti.

En el salón entraba un hombre de aspecto campesino acomodado; en su rostro se reflejaba una honda preocupación, y todo su porte era simpático; alto, con gruesas botas de campo, su rostro curtido señalaba los soles y lluvias que por él habían restalado.

—Señores, ustedes disculpen; en este momento mi mujer está a punto de dar a luz; me halla en un verdadero aprieto, pues está delicada. Mi nombre es John Humphries. Pueden descansar a su gusto y disculparme. Ustedes comprenderán la situación y quizás la pasarán—. Y al decir esto expresaba el haber tomado por recién casados a la pareja. Vivian, al oír esto, se ruborizó, y Ross tomó en gracia la situación, dejando creer esto al granjero, que seguía diciéndoles: —El teléfono, por la tormenta, sin duda no funciona y mi coche hace ya varios días está en reparación; en una noche así no me es posible marchar al pueblo a avisar al doctor Williams; estoy en una situación fastidiosa.

—No se preocupe; yo me voy con mi coche al pueblo y le traigo al doctor.

—Gracias, gracias, señor.

Ross sale en el coche hacia el próximo pueblo, en busca del doctor y Vivian entra en la habitación de la enferma. Una señora en un amplio lecho, muy pálida y en su rostro reflejando una intensa preocupación. La habitación, sencilla pero muy limpia y confortable, causa en Vivian una profunda impresión. Toda su vida rodó por hoteles y se rodeó con gente extraña y amorosa mucha de ella, y nunca tuvo la oportunidad de vivir y conocer un ambiente como el que la rodeaba. La paz, la sencillez de vida que esta granja le enseñaba, causaba en la joven el efecto de una especie de baño tibio. Era un sedante para su ajetreada vida. Esto era lo que ella pensaba y deseaba. ¿Cuándo podría dejar su alcañal existien-



cía? El granjero los había tomado por unos recién casados. Luego ella era susceptible de poder serlo de verdad. ¡Y con Ross!

Ya el amor se había adueñado de su ser. ¿Lo que tanto esperó en vano lo tenía ya muy cerca? ¿La querría también Ross? ¿Por qué no? Era joven, bonita y de gustos iguales a él. Había observado que su atractivo ejercía poder sobre Ross y este era un hombre entero, incapaz de engañarla. ¡Si fuese cierta tanta ventura! Su imaginación cabalgaba en un loco sueño, que quería hacer realidad.

Consolando y atendiendo a la enferma, pasaron tres horas. El ruido de un coche y el de la puerta, les indicó la llegada de Ross, que entró en la casa acompañado del doctor Williams, un hombre de aspecto rudo y bonachón, que en un santiamén desalojó la habitación y sólo quedó con Vivian y la enferma.

En el salón de la casa, Ross y el granjero fumaban. El primero calmaba a éste su impaciencia, mientras que la niña dormía en el piso alto de la casa. La tormenta iba cediendo y Ross deseaba salir cuanto antes y continuar el viaje.

—¡Bureta! señor Humphries, es usted padre feliz de dos gemelos, niña y niño. Robustos y hermosos.

La emoción del hombre fue grande, y Ross dejóse llevar también de la emoción y alegría que en la casa imperaba. Vivian, feliz y radiante, le presentaba al padre las dos criaturas, y miraba a Ross con acrobato. La infeliz Vivian sentía como sayas aquellas criaturas, que la casualidad puso en su camino.

El sol inunda en sus primeros rayos a esta casa feliz.

—Mi mujer y yo hemos decidido, ya que ustedes han actuado como ángeles guardianes de estas criaturas, que

tan coincidentemente han nacido varón y hembra, ponémosles en recuerdo y agradecimiento los nombres de ustedes.

Vivian no cabía en sí de gozo y Ross no se dejaba menos entusiasmar por este padrinazgo espiritual que se les venía a las manos. Pero no olvidando su deber de seguir el camino, aprendía a Vivian para marcharse. Esta, impresionada por los acontecimientos, deja con pena la casa en donde ha vivido una noche inolvidable. Y es, el día de ese día, un doble amanecer: el del horizonte y el del alma de nuestra enamorada.

Doc y Arnold han conseguido llegar a Kansas de madrugada, dirigiendo sus pasos al Hotel Rock. Han hecho con la telefonista la misma maniobra que con la del Hotel de Saint Louis, obteniendo idéntico buen resultado. Al efecto, esperan que les den noticias de alguna presunta llamada a las habitaciones que ocupan Ed y Harry.

Ya es de día, y una hora prudencial, para sin escándalo entrar en las habitaciones de Ed. Suben la escalera y por los largos pasillos caminan hasta encontrar la habitación en donde Ed y Harry duermen conflagrados, esperando la llegada de Vivian y el desconocido ayudante que por lo visto le ha salido, y que que ninguna gracia les hace. No les conviene meter nuevas personas en su organización sin una escrupulosa selección... Esa Vivian se ha vuelto más romántica, desde hace algún tiempo...

Una llamada a la puerta.

—Harry, ahí deben de estar. Abreles.

Al abrir la puerta se ven sorprendidos por la intrusión violenta de Doc Evans y Arnold que, entrando la puerta y encarándoles les dicen:

—Bueno, amigos; aquí estamos por la parte. Creíais escapar, pero somos más líneos. Quieto, Ed — a un mo-



vimiento de éste —, no me gusta el escándalo, pero si lo querés lo habrá. No tratamos de quitarnos toda la parte; me contento con la mitad del botín y ya es buen negocio para ti. Elige eso o el ruido que produciría el disparo del revólver.

—Mira Doc; ya sabes no me gusta la bulla, que ni a ti ni a mí nos conviene. Yo te daría la mitad del botín, pero no lo tengo conmigo; comprenderás no sería tan tonto de llevarlo encima para que cualquier incidente me perdiera. Lo escondí en el mango del tocador de Vivian y di ésta lo sabe... Pero no vayas a Nueva York; Vivian no está allí.

—Ya lo sé; la he dejado en un hotel de Saint Louis, y con ella a un pollo desconocido que me da mala espina.

—Te digo no vayas a Nueva York, pues no conseguirías nada. Busca a Vivian...

En este momento el timbre del teléfono suena.

—Déjame escuchar...

Y bajo la vigilancia de Doc, Ed se tira de la cama y se acerca al aparato.

—Eres tú, Ed.

—El mismo; dime.

—Hemos tenido una avería en el coche y dentro de unas horas llegaremos; pero quiero anticiparte una cosa. He decidido dejar esta vida y sólo voy ahí para despedirme de ti. Renuncio a mi parte; quiero ser otra Vivian, pues he encontrado al hombre que necesitaba: os dejo. Iré a veras y despedirme: me voy del país.

—Una romántica; lo que pensaba. Pierdo una buena ayudante — dijo melancólicamente Ed, al terminar la conversación.

—Buena, pues de esa romántica voy a dar cuenta. Mucho cuidado en habermé engañado. Las perlas serán mías en su totalidad si me has engañado y tengo que empezar de nuevo contigo; aquí quedáis. Hasta la vista.

Al salir cerraron la habitación y fueron a ver la telefonista, que les dio noticias de donde se había llamado y hacia allí salieron a toda marcha.

Doc y Arnold llegan a la pequeña villa en donde estaban Vivian y su compañera, detenidos en su viaje por una avería del coche.

En este aspecto de tiempo Vivian y Ross han comprendido la índole de la atracción que se sienten y casi se lo han confesado. Desde ahora la ladrona y el detective han empezado una novelesca etapa de su vida presidida por el niño Cupido.

Antes que puedan reponerse de la sorpresa, la súbita llegada de los dos bandidos, en los que reconocen a sus perseguidores, los impiden ponerse en situación defensiva, y Vivian y Ross son puestos a buen recaudo en el interior del coche. Emprenden con ellos el regreso, tratando de ver a Ed, para llevarlo con Vivian y descubrir el paradero de las joyas, pues no han creído plenamente la explicación dada por él.

Van dispuestos a todo; es mucho valor el de las perlas y la codicia de su posesión excita a Doc hasta el crimen si es preciso. En el interior del coche van Arnold y Ross y en la delantera, fuertemente sujeta, Vivian al lado de Doc Evans. Pero en los vaivenes del camino, Ross hábilmente ha conseguido situarse de tal forma que con mucho cuidado extrae un arma del bolsillo de Arnold y guarda en su americana, esperando el momento oportuno de utilizarla; ya que ahora sería fatal por su situación y la velocidad del coche, que llevaría a todos a una muerte cierta.



A lo largo del camino aparece un pequeño restaurante y como el estómago de los dos bandidos reclama algo que comer, después de tan continuo y accidentado viaje, Boc propone:

—Vamos a parar aquí un momento a tomar algo, Arnold.

—Conforme; ésta va bien sujeta y no hay cuidado.

El coche disminuye su marcha y se detiene frente al pequeño parador, saltando de él los dos bandidos que piden, sentados en una mesa, unas viandas. Mientras tanto, a pesar de la cercanía, aprovechando un momento en que se han distraído preparando el menú, Ross consigue cortar las ligaduras de Vivian, y todavía medio sujeto por las suyas, asoma su cuerpo por la portezuela del coche esgrimiendo una pistola.

—¡Eh!, manos arriba; no moverse. Vivian: desátame los pies—. Como un relámpago se sucede esta escena, en la que Vivian consigue desatar los pies de Ross y los bandidos, rápidos, también sacan sus armas y la emprenden a tiros con el coche. Ross contesta con energía y en pleno duelo Vivian consigue saltar del coche y acudir al teléfono, desde donde llama a la policía. Ross recibe un balazo en el hombro izquierdo, pero mantiene su situación, disparando.

Ya a lo lejos se oye la sirena de la policía, que sobrepasa por encima del ruido de los disparos. Y por la cuesta de la carretera asoman las motocicletas de la policía especial de camuflaje. Doc y Arnold, viéndose perdidos, tratan de escapar, pero son cazados por los motoristas. Ante la sorpresa de Vivian, Ross presenta sus documentos a la policía, dándose a conocer con su verdadera personalidad. Luego les señala dónde están Ed y Harry, presuntos autores del robo de las perlas Koronoff.

Todos regresan a Nueva York, menos Ross, que ingresa en una clínica para curar su herida. Por el interrogatorio de Ed resulta complicada la pobre Vivian, que ve desvanecer sus sueños de ventura.

Ya repuesto Ross, principal actor y testigo de estos sucesos, comparecen todos ante el Comisario, Ed y Harry se hacen toda la culpa y tratan de salvar la complicidad de Vivian y por lo menos atenuarla.

La situación de Ross ante Vivian es sumamente delicada; los dos se quieren y la chica once ha sido juguete del detective, y todavía sufre más al comprender que lo quiere.

—Vivian, perdóname; pero al empezar esta gestión nunca pude pensar que me enamorara de ti. Y como te quiero y deseo defenderte, y no puedo por mi cargo, desde este momento — dijo, dirigiéndose al Comisario — presento la dimisión de mi cargo, que tanto aplé.

—Nunca; Ross, no hagas ese sacrificio por mí; yo también te quiero y te perdono, pero yo soy una mujer que ha vivido al margen de la Ley y no soy digna de ti. No estropees tu carrera por mi causa. Sepárennos. Quise vivir un sueño de felicidad y el destino, más poderoso que mi deseo, me ha despertado. Adíós, Ross; te quiero y te querré.

El Comisario, un hombre comprensivo y de gran corazón, se da cuenta de la batalla que esas almas libran; comprende que está en sus manos la salvación de una persona y la felicidad de dos, y actuando con los medios que la Ley le facilita, les dice:

—Buena, yo creo que aquí hay un exceso de susceptibilidad en la señorita, Vivian Palmer no consta ningún antecedente de ella en nuestros archivos policiales y es posible que, engañada por estos sujetos, se haya visto obligada a ser co-partícipe de una acción ilegal. ¿Verdad Ed?



—Cierto; la señorita Palmer ignoraba qué clase de sujeto era yo y ha estado a mi lado por mandato de su padre que fue gran amigo mío; ella ha sido instrumento inocente de mis manejos. Perdoname, Vivian.

Ed, el ladrón de guante blanco, se vistió, diciendo la verdad, el traje de caballero que usaba para sus fechorías, y facilitando la maniobra del Comisario que veía tratada de salvar a Vivian, echaba toda la culpa sobre él que siempre tuvo por Vivian un afecto fraternal. Todas las malas acciones de su vida podrían compensarse con este gesto.

—Gracias, Ed; te perdono.

—Y ahora, como la señorita Palmer ha servido para ayudar a salvar las joyas y detener a los autores del robo, sólo me resta, en nombre de la Justicia, darle las gracias, deseándole toda suerte de venturas. — Y una simpática sonrisa llena de bondad cerró este discurso. llevando a Vivian y Ross la felicidad.

Allá lejos, en una escóndida granja, dos gemelos que se llamaban Vivian y Ross, empezaban a vivir y en el corazón de la gigantesca Nueva York una Vivian y un Ross, que habían vivido, empezaban también a disfrutar de una nueva vida. Un renacer venturoso, sellado por un beso de los dos enamorados, que nacían entre el ruido de la ciudad y la sinfonía de luces y colores con que vestía Nueva York sus mejores galas.

FIN

## Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.  
\* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.  
\* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.  
\* — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.  
\* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.  
\* — 6. *Cuando volábamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.  
— 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.  
— 8. *La tumba india*, por La Jana.  
— 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.  
— 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.  
— 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.  
— 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.  
— 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.  
— 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.  
— 15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.  
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.  
— 17. *Baile en el Metrópol*, por Heinrich George y Viktoria von Ballasko.  
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.  
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.  
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.  
— 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.

\* Agotadas

## En preparación

CABALLERIA LIGERA

interpretada por

MARIKA ROKK, FRITZ KAMPERS



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA



N.º 22